

Ana Lidia Vega
“La violinista verde”

Se le veía con sus pájaros y matas en el balcón por las mañanas. Usaba gafas “fondo de botella” y un peinado ridículo. Nos saludaba con la misma cordialidad y desprecio todos los días, pasando con el violín en el estuche hacia la casa de cultura donde trabajaba de recepcionista.

Estamos convencidos de que no toca el violín. al menos, nadie nunca la oyó. “Solterona - comentábamos- infeliz.

Al mudarse ella para el edificio, la gente empezó a sondearla, pero nos quedamos en blanco. Nadie traspasó la reja de su puerta.

Por eso fue que se revolvió el barrio cuando la vimos llegar aquel chileno o argentino (no pudimos averiguar). Entraron y cerraron la puerta. Entonces nos metimos en el edificio de enfrente, alguien trajo unos binoculares y los vimos sentados uno ante el otro hablando. Hablaba él, ella lo miraba tras los “fondos de botella”, arreglando mecánicamente el pelo (pero no tenía arreglo). Como a las doras nuestra exaltación aumentó: ella trajo una botella de la cocina con dos copas, empezó a hablar. Cambiaron de asientos, estaban uno al lado del otro. Poco faltó para que nos fajásemos por los binoculares. los mas arriesgados apostaron a que en media hora se la echa. los escépticos fueron minoría. Binoculares de mano en mano. Tuvimos una desilusión: cuando se pararon y se suponía que iban a empezar, lo que hicieron fue ir hacia la puerta de salida.

La discusión se renovó, pero al ver que salieron los dos, decidimos mandar un grupo a seguirlos. Nos fastidiaba que la cosa fuera tan lenta, pero nadie quería perderse el show.

Cuentan que fueron a la playa. el llevaba el vino en la mano y ella su inútil violín. algunos dicen que les oyeron hablar cosas estupidísimas sobre el ser humano y eso, pero me parece que es mentir: nadie puede oír lo que se dice a doscientos metros de distancia un atardecer bastante animado. Se sentaron en el malecón y él le pasó la mano sobre los hombros. Cuando anocheció ella sacó su violín, pero el que tocó fue él. Cuenta que era algo de unos de esos de Mozart que ponen en radioenciclopedia. Después regresaron. La mayoría se fueron a sus casas, pero algunos nos quedamos a ver qué pasa... Hablaban. No hacían más que hablar. Nos fuimos a dormir sobre las cinco, pero ya a las ocho montamos la guardia. Logró asombrarnos y maravillarnos. Estaba en el balcón sin espejuelos, con el pelo suelto y una batica rosada que ¡no quiera usted saber! Sonreía. Se asomó y nos saludó, preguntando:

-¿Habrá quimbombó en el agro? ¡Sabe dios qué tiene que ver el quimbombó con todo eso! El la ayudaba con los pájaros y las matas.

Al rato ella salió con las jabas en dirección al agro, sonriendo y canturreando. Nos pasó por el lado y nos cortó la respiración:¡Qué clase de mujer! No hay manera de averiguarlo, pero llegamos a la conclusión de que sí estuvieron. Una mujer no se transforma de la noche a la mañana sólo hablando. Casi de momento vino un tipo que nos cayó mal. Preguntó donde vivía ella y se lo tuvimos que decir. De ese sí averiguamos que era músico. Toca en

un grupo que ensaya en la casa de la cultura y ha viajado cantidad. El extranjero le abrió y empezaron a abrazarse como viejos amigos. De pronto el hombre cogió su mochila, dejó un papel sobre la mesita y se fue con el músico. Unos dicen que era un foto suya, otros que dólares o a lo mejor su tarjeta. Pero la cosa es que nos pasaron por el lado hablando de que di" ¿te acuerdas de fulano y cómo está mengano?" .

Ella viró sonriendo y canturreando con dos jabas enormes del agro. Quisimos ayudarla, pero nos dijo: "no me pesa" y era como si de verdad no le pesara. Flotaba en vez de nadar.

Tocó la puerta, esperó, y todavía sonriendo abrió con la llave. Caminó pesadamente con las jabas mirando por los rincones.

Cuando vio el papel, los tomates, naranjas y demás rodaron por la sala.

Nos daba pena y queríamos ayudarla, pero no nos abrió. Algunos miraron a ver qué hace. Ahí estaba, sentada entre las frutas. Dicen que no lloraba.

Esa tarde machina de la otra escalera se fajó con la suegra y desconectamos a la solterona, que hasta el día de hoy sigue con sus pájaros, matas, "fondo de botella" y ese peinado ridículo que alejaba a la gente por lo menos diez metros a la redonda.

Carga el violín para arriba y para abajo, pero sabemos bien, que ella no toca violín.